

El Profesor Joaquín Albarrán

Por el Dr. J. GOVEA PEÑA

(De la Facultad de Medicina de París).

SIGUIENDO el consejo de varios amigos, traduzco en este artículo parte del trabajo que, escrito en francés, me sirvió de tesis de doctorado en París.

Hablaré aquí solamente de la vida científica de ese ilustre compatriota, gloria cubana de la medicina francesa. La obra de Albarrán, que es la parte más interesante y completa de mi trabajo, no la traduzco aquí por dos razones: primera, porque para ser leída, es indispensable tener conocimientos de medicina, y segunda, porque pienso próximamente traducirla y publicarla en un folleto.

"Hay hombres que después de haber adquirido la más grande reputación durante su vida, conservan después de su muerte toda su autoridad y no pierden nada de su prestigio; sus obras guardan todo su poder y la gloria de su nombre irradia sobre su propio país y se extiende más allá de sus fronteras".

Así se expresaba Félix Guyon, padre de la Urología francesa al hablar de Allier. Más tarde, Leguen, discípulo de Guyón, aplicó esas líneas a su maestro y yo he querido hoy aplicarlas a Joaquín Albarrán, el más querido y el más grande de los discípulos de Guyón.

Al consagrar mi tesis de Doctorado al estudio de la vida y obra de Albarrán, lo hice guiado por la razón siguiente: Albarrán, a pesar de los esfuerzos de sus buenos discípulos, que no han perdido la ocasión de recordar la grande y sabia personalidad de su maestro, no es suficientemente conocido por la juventud actual. Esto es debido, primero, a su prematura desaparición; y segundo, a no haber nacido en tierra francesa.

Por eso me pareció interesante, y hasta consideré como un deber,—sobre todo en estos momentos en que más de doscientos estudiantes cubanos cursan sus estudios de medicina en París,—dedicar mi mo-

desto trabajo al estudio de la vida científica y especialmente a la obra de este insigne compatriota, uno de los más grandes cirujanos que en el mundo han existido. (1).

Joaquín Albarrán nació en Sagua la Grande, Cuba, en el año 1860.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Belén, de la Habana.

Todavía un niño, su padre lo envió a Barcelona, donde comenzó sus estudios de Medicina y empezó a distinguirse por su clara inteligencia. Fué en Madrid donde pasó Albarrán sus tesis de doctorado y todavía muy joven llegó a Francia donde no pensaba vivir largo tiempo. ¿Cómo podría él imaginarse lo que el destino le reservaba?

Pero pronto se sintió atraído por la gran escuela francesa (de la que más tarde fué la principal figura) y por ese París que él tanto amó. Y decidió Albarrán quedarse allí y comenzar de nuevo sus estudios de Medicina.

Aprendió el francés con la facilidad con que él lo hacía todo.

En poco tiempo conquistó la lengua de Voltaire que llegó a hablar con una perfecta facilidad, a pesar de su acento español, el cual, según dicen los que tuvieron la dicha de conocerlo, conservó hasta su muerte.

Siendo ésta una de las principales cosas que sus enemigos nunca le perdonaron, me explicaré. Albarrán que llegó a dominar el francés con una perfección tal, que, como me contaba el doctor de la Calle, en un banquete ofrecido por sus discípulos y amigos, (con el objeto de demostrar a los que pretendían lo contrario, que aunque enfermo, estaba capacitado para seguir desempeñando su cátedra de profe-

sor) el discurso que él pronunció fué el mejor y el más bello de todos los que se pronunciaron esa noche. Es de notar que en dicho banquete hicieron uso de la palabra varios literatos miembros de la Academia francesa.

A pesar de esto, y en medio de sus más bellas frases, él conservó siempre su acento español, de manera que cada vez que salía al extranjero en representación de la escuela francesa, era fácil averiguar su origen, cosa que él nunca trató de esconder.

Su primer Maestro fué Rauvier, quien notando un día cómo los compañeros de Albarrán se agrupaban a su alrededor para que él les explicara los cortes histológicos, lo llamó a su laboratorio y comprendiendo su extraordinaria inteligencia, le aconsejó que prepara los concursos de los hospitales de París. En 1883 salió nombrado externo de los hospitales y al año siguiente, contando Albarrán 24 años, salió el primero en el concurso de internado de los hospitales de París. En ese mismo concurso, tomaron parte, entre otros que fueron después gloria de la medicina europea, Delbet, Widal, Vaquez.

Los que conozcan lo que es el concurso de internado de los hospitales parisinos y los que sepan quienes han sido Delbet, Widal y Vaquez, comprenderán la magnitud de la hazaña de este hijo de Sagua la Grande.

Desde entonces, dice Leguen, en su lección inaugural, la vida no es para él más que una serie de éxitos. Va como conquistador de etapa en etapa, ganando todos sus grados en gran lucha, sorprendiendo a todos por la seguridad de su juicio y la lucidez de sus conceptos.

Siendo interno de los hospitales, el gobierno francés escogió a Albarrán para enviarlo a España, a estudiar las vacunas contra el cólera del doctor Ferrán.

En 1888 la medalla de oro vino a coronar el internado de Albarrán, ocupándose definitivamente de la especialidad que debía llevarlo a la celebridad.

(1)—Varios párrafos de este artículo son la exacta traducción de mi trabajo en francés van aquí algunas ideas que por razones que todos comprenderán me fué imposible publicar en mi tesis.

A la edad de 32 años fué nombrado Albarrán profesor auxiliar de cirugía y cuatro años después, cirujano de los hospitales de París. Bueno es que explique que el nombramiento de Profesor de la Facultad de Medicina de París se hacía, y se hace actualmente, de la manera siguiente: Cuando una cátedra queda vacante, ya sea por muerte o por el retiro del que la ocupaba, se reúnen todos los Profesores y eligen a uno de ellos, según sus méritos y trabajos científicos. Al retirarse Guyón, Albarrán fué elegido por unanimidad Profesor de Clínica de las enfermedades de vías urinarias. La discusión no era posible; nuestro ilustre compatriota había llegado a ser el más grande cirujano de vías urinarias del mundo.

La popularidad de Albarrán era enorme y sólo comparable a la que gozan actualmente las grandes estrellas cinematográficas.

Durante los pocos años que Albarrán pasó en el Hospital Necker, como Profesor, modernizó y transfiguró la cirugía urinaria, porque no era solamente un técnico extraordinario, sino también que la Histología, la Anatomía patológica y la Bacteriología no encerraban secretos para él.

"Si llevaba en su exterior—dice Legueu—, la marca de su superioridad. Su bella inteligencia se revelaba en su ancha frente y en la brillante llama de sus ojos; sus nerviosas facciones y yo no sé que rara impresionabilidad que se dibujaba en toda su persona, demostraban el ardor de su imaginación y acusaban la vida intensa que lo animaba".

Lo tenía todo, en una palabra, con un físico impresionante, una inteligencia prodigiosa, y un gran corazón, como en muchas ocasiones demostró.

"El fué sobre todo un hombre de

corazón, dice Cathelin, no comprendido de muchos. En una cierta época de su vida, desdeñaba el dinero, probablemente porque lo ganaba con suma facilidad, lo que le permitió hacer discretamente alrededor suyo muchos favores. Protegió a muchos y hacía esto como los grandes hombres como él saben hacerlo: a la manera del médico de Balzac; el bien oscuramente hecho no tienta a nadie".

Su extraordinaria inteligencia, su nacionalidad y su fuerte e independiente carácter, le valieron muchos enemigos, entre los espíritus mezquinos.

"Si el azar de la vida me ha hecho adoptar como segunda patria la gran nación; yo soy y seré siempre cubano de corazón". (Frase de Albarrán). El probó en su famosísima lección inaugural, lo mucho que él amaba su segunda patria, Francia, y con qué tenacidad luchaba para levantar cada día más la reputación de la cirugía francesa. Desgraciadamente, murió muy joven. No vivió, se puede decir, más que tres años después de su nombramiento de Profesor de vías urinarias, porque si sólo murió seis años después, los últimos tres de su vida no fueron más que una horrible agonía donde, con toda su lucidez, se veía joven todavía y para siempre imposibilitado de continuar su bella y extraordinaria obra.

Una enfermedad se lo arrebató a la ciencia cuando él estaba en plena actividad. Luchó pero fué vencido por el mal.

Buscando un clima parecido al de la patria donde nació y donde pasó los primeros años de su vida, se fué al mediodía francés. Pero desgraciadamente era demasiado tarde. Su organismo,—aunque joven—, estaba gastado por la extraordinaria actividad de su corta existencia. Albarrán murió en Ar-

cachón en Enero de 1912, después de tres años de una triste agonía.

Tuvo, al menos, la satisfacción de verse hasta el final rodeado de la sincera afección de unos cuantos que habían podido apreciar sus sentimientos y cualidades.

Fué enterrado en el cementerio de Neuilly, donde algunos amigos y discípulos le dijeron su último adiós y donde Guyón, enfermo, hizo leer por Vidal unas cuantas líneas que empezaban así: "Mi querido Albarrán: tú eres de los que están destinados a vivir después de muertos. La obra realizada por ti durante tu corta existencia preservará tu nombre del olvido".

Como he dicho ya, yo no puedo aquí traducir mi estudio sobre la obra de Albarrán.

Para terminar diré sólo dos palabras.

No hay un sólo capítulo en Patología urinaria, donde el nombre de nuestro compatriota no figure. Y todos sus trabajos, después de motivar una oposición, que en un caso duró nueve años, eran admitidos por todos los autores.

"Albarrán no se equivocó nunca", decía hace sólo un año, el profesor Pasteur Vallery-Radot, en la Facultad de París.

Sólo citaré aquellas ramas de la Patología donde su nombre permanecerá por siempre imborrable.

1º El cateterismo de los ureteres.

2º La tuberculosis renal.

3º La nefrectomía, es decir la extracción del riñón enfermo desde que el diagnóstico de tuberculosis está comprobado. Después de nueve años de luchas continuas y de soportar críticas severas, tuvo Albarrán, entre otras, la satisfacción de imponer a todos los cirujanos de su época la nefrectomía precoz en la tuberculosis renal, operación que constituye uno de los más grandes éxitos de la cirugía actual.

4º La prostatectomía.

5º Los tumores de la vejiga.

6º Las infecciones urinarias.

7º El funcionamiento renal, etc. etc.

Todas las páginas de este perió-

3

3000030

dico no alcanzarían para enumerar los trabajos de Albarrán, quien ha sido indiscutiblemente el más grande cirujano urinario de todos los tiempos.

Citemos para terminar un párrafo de Cathelin.

"Se ha dicho que no había hombres indispensables. Es un error, pues todos los grandes sabios que han enriquecido nuestro patrimonio científico y moral, han sido indispensables puesto que si ellos no hubieran existido, no estaríamos hoy donde estamos".

Albarrán ha sido uno de esos hombres indispensables.

M. J. J. 25/33